

PRÓLOGO

REAL DE ASIENTOS SOCIEDAD Y CULTURA

Los nueve capítulos que comprende este importante libro fueron escritos por historiadoras e historiadores que cultivan la disciplina desde distintas ramas como la demografía, el arte, la cultura escrita, la religión, la educación; y se entrecruzan con dimensiones como la memoria, la identidad, la literatura. Los trabajos echan mano de diversos marcos explicativos y estrategias metodológicas, recurren a fuentes documentales pertinentes, pero tienen como denominador común que convergen en la historia regional y se focalizan en el poblado de Asientos, Aguascalientes.

Cabe señalar que los historiadores hemos centralizado las investigaciones en la ciudad capital del estado y hemos descuidado lo que acontece en los pequeños poblados de los municipios. En ese sentido, esta obra colectiva de carácter monográfico, contribuye a llenar un hueco historiográfico, pues no abundan los estudios sobre otras poblaciones.

Inicia Francisco Antonio Aguilar Irepan; en “Procedencia de los primeros pobladores del Real de Minas de Asientos, 1697-

1720”, entrega un texto bien documentado para dar cuenta de los primeros colonos mineros, de los pioneros, tanto de dueños de minas como arrendatarios, que se asentaron en la región para descubrir yacimientos, extraer metales y beneficiarlos, pero también nos habla de labores relacionadas con esta actividad económica preponderante, como fueron el abasto de insumos, mano de obra en busca de trabajo, transporte de mercancías, de quienes procuraban enriquecerse con la compra-venta de minas; por eso mismo, el autor también refiere a personajes de leyenda como Diego de Ibarra, Agustín Mejía, Gaspar Benito de Larrañaga y su hijo Juan Ignacio.

El historiador y arqueólogo Aguilar Irepan pone el énfasis en la migración de personas que llegaron al Real de Asientos a fines del siglo XVII y durante las primeras dos décadas del XVIII, en un período de auge; encuentra que la corriente migratoria –de acuerdo a datos que arrojan los registros parroquiales como informes matrimoniales, bautizos y partidas de entierros– procedían de ciudades, villas y pueblos de los alrededores como Aguascalientes, Ciénega Grande, Zacatecas, Sombrerete, Jerez, Mineral de Pozos, Ojocaliente, Pinos, San Luis Potosí, Charcas, Lagos, Cuquío, León, Guanajuato, San Luis de la Paz, Celaya, San Miguel el Grande, Irapuato, Querétaro, entre otras, así como pobladores de la Península Ibérica.

En ese orden de ideas, María Guadalupe Esquivel Olvera también echa mano de registros de nacimiento, bautismos, matrimonios y defunciones. En su capítulo, “Dinámica poblacional de la Parroquia de Nuestra Señora de Belén, 1705-1800”, la autora examina en un estudio demográfico el período de auge y consolidación a lo largo de casi un siglo. Previo al núcleo duro de su investigación, Esquivel Olvera hace una adecuada contextualización para relacionar la minería novohispana con el fenómeno global y el peso específico de la Iglesia, cuyos obispos, pese a sus obligaciones, no realizaban visitas pastorales frecuentes a esta zona de su jurisdicción para revisar el estado espiritual de sus habitantes y el material de sus parroquias y curatos.

Esquivel Olvera sistematiza y analiza una serie de datos para hablarnos de la fertilidad o fecundidad, migración y mortalidad, en

un período de crecimiento poblacional a pesar de que hubo una crisis económica y defunciones derivadas de epidemias (enfermedades como el *matlazáhuatl* y la viruela), combinadas con momentos críticos, como años de sequía y por tanto de escasez de alimentos – con la consiguiente especulación de los comerciantes y aumento en el precio de las mercancías–. Toca también, sucintamente, aspectos interesantes como matrimonios por calidad, legitimidad, ilegitimidad y la endogamia en ciertos grupos sociales.

Con las herramientas propias de la historia del arte, y poniendo atención en el mundo de los simbolismos, significados religiosos y estilos artísticos, Daniela Michelle Briseño Aguayo, en el capítulo “Notas sobre la edificación de la Parroquia de Nuestra Señora de Belén y algunos de los cambios acontecidos al correr de los siglos”, nos entrega un texto relevante y suficientemente documentado, pues, a pesar de haber escasa información,¹ hace un barrido en el tiempo que permite reconstruir momentos fundamentales de las etapas en que se fue fabricando el recinto religioso más importante de Asientos.

Briseño Aguayo repara en el tema de los patronazgos o mecenazgos de ricos mineros que, movidos por el fervor religioso, se preocuparon por dejar dinero a la Iglesia para la realización de obras pías, y con ello salvar su alma, a la par de obtener prestigio social; da nombres de benefactores, los ya conocidos De Larrañaga (padre e hijo), pero también Hilario González y Magdalena Gómez Calvillo. La autora da cuenta de la ornamentación para los oficios divinos y la construcción de distintas partes del templo (presbiterio, sagrario, sacristía, antesacristía, techos, bóvedas, torre, retablos, capillas, ciprés) así como las reparaciones, mejoras, ampliaciones y remodelaciones internas y externas, tomando en cuenta recomendaciones de lo que se reportó en alguna visita pastoral, así como costos, materiales, ubicación de altares (mayor y laterales) con distintas advocaciones, esculturas y pinturas. La autora es cauta, analiza, conjetura, ejemplifi-

1 La autora se apoya, sobre todo, en datos sueltos e incompletos de libros de fábrica, de gobierno, cofradías e inventarios consultados en el archivo histórico parroquial, así como en crónicas y en obras ya publicadas que tocan tangencialmente el tema.

ca respecto a lo que se conserva y lo que ha desaparecido o cambiado de lugar a lo largo de los siglos XVIII y XIX, legado de ese patrimonio material que se mantiene hasta la actualidad.

Por su parte, y siguiendo con el mismo tema, María Guadalupe Rodríguez López, apoyada en bibliografía reciente altamente especializada y fuentes de primera mano (archivos históricos del obispado de Aguascalientes y del arzobispado de Guadalajara, principalmente), en su texto, “La erección de la Parroquia de Nuestra Señora de Belén en Asientos, 1731”, ofrece una mirada amplia – toma en cuenta los casos de los obispados de Puebla, Oaxaca, Michoacán y, desde luego, Guadalajara, que nos muestra, paso a paso, el proceso de erección del nuevo curato. Nos explica que, para poder entender el fenómeno de la necesidad de reorganizar, reordenar y subdividir los territorios parroquiales, es preciso ubicar el contexto de las reformas económicas, políticas y administrativas del siglo XVIII, que afectaron a la iglesia.

Rodríguez López logra analizar con solvencia, pleno dominio y autoridad en la materia los informes, autos, dictámenes, diligencias y testimonios, considerando la situación específica de la parroquia a dividirse (la de Aguascalientes), así como averiguaciones de las partes involucradas, argumentos a favor y en contra, posibles obstáculos y resistencias, y la composición de la población, todo ello en un proceso de secularización de doctrinas y reorganización eclesíástica que echaron andar los borbones, en beneficio tanto de la Corona (que obtendría más recursos) como de la clerecía (que daría trabajo a los sacerdotes con bajos ingresos) y de los mismos feligreses (que estarían mejor atendidos espiritualmente). En el caso de la erección del nuevo curato de Asientos, no hubo oposición –de hecho dieron su pronta aprobación la audiencia de Guadalajara y el regio patronato por recomendación del doctor Juan Carlos de Casasola, que recién había dejado la sede parroquial de la villa de Aguascalientes–, se aprovechó, por tanto, una coyuntura favorable y se eligió ese sitio por tener “muy linda iglesia y sus cofradías... muy buenas casas”, además de estar cerca de una hacienda productiva y con bastante población, así como ser considerado un lugar idóneo

por estar en el camino real de México a Zacatecas, para lo cual se fijó los poblados que estarían bajo su jurisdicción.

En otro orden de ideas tenemos el muy interesante trabajo de Luis Arturo Sosa Barrón, “El Cementerio de Guadalupe del antiguo real de minas de Asientos. Breves apuntes sobre su desarrollo histórico, 1767-1867”, quien, luego de hacer un balance historiográfico sobre el tema y detenerse en los momentos, pasos o elementos que componen el ritual funerario católico –entre ellos el entierro o sepultura–, refuta una serie de versiones que considera erróneas en cuanto a la antigüedad del recinto, prácticas funerarias y algunas aseveraciones que ha hecho un cronista, un blog dedicado al turismo y visitas guiadas, así como un articulista de revista no especializada.

Los intereses y objetivos de Sosa Barrón, por tanto, son enmendar errores de quienes le han precedido en el tema en cuestión, además de “generar interés en el estudio, valoración, rescate y salvaguarda del cementerio de Guadalupe”. Ofrece, por otro lado, una serie de datos muy valiosos como por ejemplo la traza urbana del poblado en 1713, con compás y cordel, con base en las reales ordenanzas, a nombre de Benito Gaspar de Larrañaga y varios vecinos, información que hasta ahora se desconocía y que localizó en la sección Gobierno Colonial del fondo documental Alejandro Topete del Valle.

Sobre el mismo punto, pero con una enorme sensibilidad y amplios conocimientos sobre arte sepulcral, muestra su *pericia* Lourdes Adriana Paredes Quiroz en su texto “La iconografía escatológica del pórtico del Camposanto de Guadalupe en Real de Asientos, Aguascalientes”, en que aborda el estudio de las pinturas murales realizadas en tres paredes, hacia mediados del siglo XIX, con motivos sobre el triunfo de la muerte: esqueleto, guadaña, cráneos o calaveras con bonetes, huesos o tibias en cruz. Destaca que el propósito de la iglesia fue educar a la población sobre la existencia terrenal (de tránsito, frágil y efímera) y la muerte, con el mensaje inequívoco de que la parca es pareja, arrasa con ricos y pobres, poderosos y humildes, sabios e ignorantes; todos nos convertiremos en polvo y seremos al final de los tiempos juzgados ante Dios por nuestros actos,

por lo que nos espera el premio del gozo a perpetuidad en el cielo, si fuimos justos y buenos, o por el contrario el castigo eterno, el penar con dolor en el infierno si fuimos pecadores y malos.

Paredes Quiroz hace gala de su especialidad en arte funerario al describir y analizar los motivos o asuntos, tipos iconográficos escatológicos relacionados con la caducidad de la vida (muy socorridos a finales del siglo XIX), referentes documentales y fuentes literarias (antiguas y medievales, así como poemas y catecismos decimonónicos), poniendo a dialogar las pinturas murales (lado sur, norte y oriente) entre sí, en relación con textos representados gráficamente en cartelas, leyendas, medallones y epitafios. Particularmente interesante y excepcional es el tema de honrar a los sacerdotes que se encargaron del templo, y que ahí fueron sepultados; representantes de Dios en la tierra, considerados modelos de virtud, que al morir dejan sus ropas sacerdotales para ir a gozar de la Gloria Eterna. La autora desconoce quién es el artista que plasmó estas representaciones culturales, y poco se sabe de las técnicas y materiales empleados en su realización.

Por otro lado, Lucas Martínez Sánchez aprovechó una visita guiada al pueblo mágico de Asientos, en el 2010, para comentar sus impresiones respecto a la parroquia, los túneles, la pinacoteca, sus calles y casas emblemáticas, así como del templo de Guadalupe, para luego entregarnos una acuciosa investigación de carácter bibliográfico (libros, crónicas, diarios) y documental (consultó archivos como el histórico franciscano de Zapopan, el histórico de Zacatecas) en el capítulo “Una antigua presencia franciscana en Real de Asientos, Aguascalientes”.

Martínez Sánchez dedica la parte medular de su texto a rastrear los motivos por los cuáles la parroquia de Asientos pasó a ser administrada por la Orden Franciscana de México luego de las leyes de exclaustración en conjunto con el clero secular, desde el último tercio del siglo XIX y primeros años del XX; hace un recuento de quienes estuvieron a la cabeza, pero dedica sus energías a reconstruir la semblanza de Fray José María Antonio de Jesús Portugal y Serratos y el legado que dejó tras su paso por ese curato durante

19 años, de 1868 a 1888, dando cuenta de su obra místico-literaria, construcción de la casa de ejercicios del Señor del Tepozán, mejoras materiales en los templos de su jurisdicción, y las imágenes que adquirió para el culto. Este capítulo de Lucas ayuda a entender el por qué este personaje, un fraile franciscano, llegaría a ser el primer obispo de Aguascalientes en 1899 luego de la erección de la diócesis, pues conocía el medio y tenía los apoyos suficientes del arzobispado de Guadalajara.

Para comprender de mejor manera “La educación rural en Asientos entre los años 1920 y 1923. Los casos de Ciénega Grande, Guadalupe de Atlas y El Mezquite”, Laura Olvera Trejo nos ofrece a manera de antecedentes un panorama del ámbito educativo en el agitado siglo XIX con énfasis en los períodos de la República Restaurada y el Porfiriato, para establecer que fue durante los primeros cuatro años de la posrevolución –a partir de la fundación de la Secretaría de Educación Pública –cuando se dieron pasos firmes para llevar la educación a amplios sectores de la población a lo largo y ancho del país. Se apoya en bibliografía pertinente sobre el tema y, sobre todo, de leyes, reglamentos, inventarios y documentos localizados en los fondos Educación y Folletería del Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes. Metodológicamente, va de lo general a lo particular.

Preocupada por el papel de las mujeres, Olvera Trejo describe, con un enfoque crítico y desde la perspectiva de género, los rasgos distintivos de la educación rural implementada en la posrevolución encaminada a cubrir las necesidades de la población que vivía en el campo; analiza, el proceso que se llevó a cabo en tres escuelas del municipio de Asientos (dos en haciendas y una en un rancho); las compara entre sí, revisa la matrícula y advierte que la educación es mixta; encuentra que sigue habiendo precariedad en las condiciones materiales de los establecimientos escolares, que las materias cursadas, libros y lecturas siguen apuntando al currículum diferenciado. Concluye que en una época en que interesaba satisfacer las necesidades educativas del medio rural, hay más continuidades que rompimientos respecto al período anterior, aunque encuentra

que hay una marcada tendencia a la feminización del magisterio, a la uniformidad educativa y que se transita hacia nuevos paradigmas.

Cierra con broche de oro el capítulo “Harriet Doerr y sus *Piedras para Ibarra*. Un homenaje para Asientos, Aguascalientes”, a cargo de Marcela López Arellano, quien nos cuenta la fascinante historia que hay detrás y en torno a esta estupenda memoria novelada, una autoficción que su autora y protagonista central publicó por primera vez en 1983, y que en su narrativa recrea las experiencias suyas y de su marido cuando estuvieron en esa población, antaño bonancible, por espacio de más de una década, en los años sesenta del siglo pasado, para tratar de reactivar la actividad minera en la región. “Así, una historia que se tejió en la vida real se trasladó al papel de los recuerdos” desde la nostalgia, dice Marcela, a través de la pluma y la mirada de una extranjera que describió a las personas y sus costumbres, sus relaciones personales y sociales, sus sitios de interés y que terminó por encariñarse con ese pedacito de México, esa mísera comarca y “pueblo olvidado” que era Asientos, pues “la autora se relacionó con muchos de los habitantes del lugar, se interesó por sus vivencias y conocer sus vidas”.

López Arellano recurre a la prensa escrita, documentos de archivo y bibliografía sobre el tema, pero también hace un juicioso uso de varias páginas web (de Estados Unidos y México), a la plataforma FamilySearch y una entrevista. De igual modo, se vale de las herramientas propias de la cultura escrita y por ello repara en lo que otros autores opinan y comentan de la obra en cuestión asimismo, explica la dedicatoria, los títulos de los capítulos, y entra al terreno de las emociones –incluida la angustia, por la enfermedad mortal del marido– que acompañaron a la escritora. De igual modo, para que su trabajo se entienda en un marco explicativo, López Arellano esboza los antecedentes de la minería en México, Aguascalientes y Asientos a fines del siglo XIX y principios del XX; reconstruye las historias familiares de los Doerr (procedencia de los ancestros, lugares de nacimiento de los hijos, matrimonios, formación y trabajos, inversiones, negocios y decesos), información que toma relevancia al conectarla con la trama.

Es una satisfacción enorme encontrar en esta obra una combinación de historiadores e historiadoras jóvenes, casi todos formados en las aulas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Llama la atención que la mayoría son mujeres. Es de encomiar la labor que se echaron a costas las coordinadoras Daniela Michelle Briseño Aguayo y María Guadalupe Esquivel Olvera, pues supieron elegir bien a los colaboradores, cuyo nivel de dominio es patente y aportan al conocimiento histórico; sus temas, además son relevantes, originales.

El libro contiene, intercaladas entre los capítulos, una serie de ilustraciones, figuras, mapas, gráficas, tablas y fotografías que lo vuelven muy atractivo a la vista, a la vez que ayudan a entender de mejor manera lo que cada autor investiga y aclaran lo que cada uno expone.

Las y los autores que colaboraron en esta obra prueban que la historia regional, la historia patria, la microhistoria, o como quiera que se le llame, está más viva que nunca y bien vale la pena seguirle apostando. Un enorme acierto que el Departamento Editorial, de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, se hubiese interesado en su publicación. Un ejemplo digno de emular por los demás municipios, sin duda. Quedamos a la espera de nuevas cuanto fascinantes investigaciones de carácter monográfico que tanta falta hacen.

Luciano Ramírez Hurtado
Ciudad Universitaria
noviembre 15 de 2023

